

28 de marzo de 2024 - Jueves Santo

[Ex 12:1...14; 1 Cor 11:23-26; Jn 13:1-15](#)

H o m e l i a

El libro del Antiguo Testamento llamado Deuteronomio termina con el relato de la muerte de Moisés, justo antes de que el pueblo de Israel entre en la tierra prometida, donde el propio Moisés no entrará. Antes de su muerte, Moisés recita un largo himno de acción de gracias y pronuncia una larga bendición sobre las doce tribus de Israel. Antes escribe todo el texto de la Ley que será depositado en el Arca de la Alianza del Señor, que acompañará al pueblo a la tierra prometida. Y el relato en el Deuteronomio dice que Moisés escribió estos artículos de la Ley "hasta el final".

Puesto que el relato de la última cena de Jesús con sus discípulos se inspira evidentemente en varios aspectos en este relato de los últimos momentos de Moisés, podemos ciertamente establecer un paralelismo entre este texto, que dice que Moisés escribió los artículos de la Ley "hasta el final", y la primera frase del texto de San Juan que acabamos de escuchar: "sabiendo que le había llegado la hora de pasar de este mundo a su Padre, Jesús, habiendo amado a los suyos... los amó hasta el final". "Este amor, pues, será la nueva Escritura, la nueva Ley, que Jesús sustituirá a la antigua.

Sabemos que a San Juan, que es un gran místico, le gusta destacar los aspectos aparentemente opuestos pero complementarios de las mismas realidades. Para él, el mundo es tanto el mundo que Dios ama y al que ha enviado a su Hijo como el mundo que ha rechazado a su Hijo. Les dice a sus discípulos que deben estar en el mundo y al servicio del mundo, pero no del mundo. El Evangelio de Juan comienza con la afirmación de que el Verbo se hizo carne, que vino a los suyos y que los suyos no lo recibieron. El mismo Evangelio termina con la afirmación de que Jesús, cuando pasó de este mundo a su Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Los suyos a los que ama hasta el final son precisamente los que no le han recibido, así como los que le han recibido. Esto se simboliza en el hecho de que, entre los privilegiados discípulos con los que celebra esta cena de despedida, no sólo están los once que le son -o al menos quisieran ser- fieles, sino también el que le traicionará. Jesús lava los pies de todos ellos y los acoge a todos en su mesa.

Aquí tenemos la revelación de lo más profundamente nuevo, el aspecto más inquietante del amor cristiano. Es un amor que se extiende -que debe extenderse- incluso a los enemigos; de lo contrario, no es

cristiano ni verdadero.

En nuestras celebraciones litúrgicas, como en nuestras vidas, solemos dar gran importancia a los gestos simbólicos, a veces incluso tratando de descubrir o inventar nuevos símbolos cuando los tradicionales ya no hablan. Pero Jesús en el Evangelio nunca hace gestos simbólicos. Más bien, realiza constantemente gestos reales y concretos con una inmensa fuerza simbólica. La muerte de Jesús no fue un sacrificio ritual; simplemente fue asesinado. La Última Cena no fue un gesto ritual. Fue una verdadera comida de despedida. El lavado de los pies no era un símbolo para Jesús. Lavarse los pies o hacérselos lavar a un criado antes de acercarse a la mesa del banquete era, en la Palestina de la época de Jesús, un gesto concreto necesario cuando se acababa de caminar por el polvo o el barro.

Para Jesús, no hay clases, ni categorías, en la comunidad de sus discípulos. Simplemente hay una gran variedad de servicios. Además, no se dice en qué orden Jesús lava los pies a sus discípulos. No parece que Pedro sea el primero al que se las lava, ya que el texto dice: "Cuando llega a Pedro... "Cuando él, Jesús, que está cumpliendo el servicio de Maestro, se quita el manto, se ciñe con un delantal y se inclina ante los pies de sus discípulos para lavarlos; y cuando les dice: "Vosotros también, haced lo mismo", les está enseñando que quien está cumpliendo un servicio a sus hermanos, debe estar dispuesto a meter las manos y hasta la nariz en el polvo y el barro de la vida cotidiana en la que todos andamos. La superioridad no está en el título o la función, sino en la calidad del servicio. En este Evangelio, Jesús nos llama a ponernos al servicio de todos nuestros hermanos, es decir, de todos los seres humanos.

Armand Veilleux